

Una apuesta por la paz

FERNANDO DE VILLENA

Era la noche de San Juan. En las playas y en las montañas cientos, miles de jóvenes despreocupados cantaban, bebían, comían, reían, se bañaban, se enamoraban. Muchos ignoraban lo que es el solsticio y que esta celebración milenaria arrancó casi en los inicios de la humanidad, como tampoco saben que atraviesan la etapa más dichosa de su existencia.

Y en ese momento me dio por pensar en los beneficios de la paz, de esta paz que en algunos puntos del orbe, como en pequeños parques temáticos o burbujas, todavía es posible. Pero luego me acordé del horror de Gaza, me acordé del Líbano, o de esa guerra entre Ucrania y Rusia a la que parece que están empeñados en arrastrarnos los líderes europeos

y quienes los manejan a su antojo como marionetas. Veinticinco mil jóvenes, rusos unos, ucranianos otros o mercenarios, como los que estos días disfrutaban las playas de nuestro litoral o nuestras montañas, 25.000, mueren destrozados cada mes por las bombas y los drones en los campos de batalla y en las pobres ciudades de esos dos países que hasta hace pocos años eran uno solo.

Sin embargo, a nosotros ahora nos hablan de incrementar los gastos en armamento, nos engañan con hipotéticas amenazas, manipulan nuestra ideología (ya bastante debilitada con infames leyes educativas), nos proponen la vuelta al servicio militar, nos preparan en suma para que aceptemos la inminencia de vernos metidos en un nuevo matadero de

dimensiones impredecibles, un matadero solo para el provecho de esas treinta o cuarenta personas que controlan el mundo.

Y sentí una inmensa amargura por los jóvenes que aquella noche se reunían en torno a las hogueras de San Juan en playas y pueblos de montaña para celebrar el triunfo de la vida, de los días largos, de la paz, ajenos a todas las asechanzas que se tejen a su alrededor.

Por lo pronto, ya han conseguido privarlos de un ideal grande y limpio y les han hecho creer que no existe más valor que el del dinero. Así, a esos criminales encubiertos les resultará luego muy fácil, a cambio de un miserable sueldo y de seducirlos con un falso ideal heroico, precipitarlos en seguida como dóciles corderos en la masacre.

Tras su resurrección, cada vez que Cristo se presentaba a sus discípulos, lo hacía con las palabras: «Paz a vosotros». Gandhi nos enseñó que la mejor manera de conseguir una victoria era mediante el pacifismo. John Lennon pedía una oportunidad para la paz... Cualquiera con cierto uso de razón entiende que la paz constituye un altísimo privilegio.

Aún estamos a tiempo de mantener la cordura. Apostemos firmemente por la paz.